

Xavi Ayén

La esposa de Al Capone

Basta con sentarse en cualquier banco o terraza para maravillarse con las parejas humanas. ¿Qué mueve a dos individuos a unir sus vidas, por un tiempo determinado? ¿Cómo pueden estar juntos esos dos? ¿Qué tendrán en común, qué magia se nos escapa?

Algo de luz a ese misterio insondable aporta, tanto en sus conversaciones como escritos, el periodista colombiano Daniel Samper Pizano, en cuya acogedora casa de Cartagena de Indias estuvo, un día, a punto de producirse un hecho que hubiera revolucionado la historia de la literatura: el reencuentro de la pareja peleada más famosa de las letras, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Fue la honestidad del anfitrión, quien se creyó obligado a advertir de la conspiración en marcha a los interesados, la que acabó truncando el cruce de los dos escritores.

Con espíritu desenfadado de divulgador, Samper Pizano aborda en *Camas y famas* (Aguilar) algunos ejemplos históricos de amores llamativos. A mí me ha capturado la atención la historia romántica entre el mafioso más conocido de la historia, Al Capone, y la irlandesa Mary Josephine Coughlin. El autor retrata a Al Capone –sobre cuyas espaldas pesan un buen número de asesinatos– como “un esposo excelente” y un buen padre que quería que su hijo Sonny fuera “médico, abogado u hombre de negocios” antes que sucederle en el crimen organizado (de hecho, la familia se cambió el apellido por el de Brown para conseguir una nueva vida).

Capone nunca muere. Acaba de reeditarse la excelente biografía de Deirdre Bair en Anagrama de alguien que también despertó el interés del filósofo Hans Magnus Enzensberger, quien, tras estudiarlo bien, concluyó

que “Capone y su gente no sólo abogaban por un ambiente familiar sano y moral, ni tampoco solo por una formación religiosa, sino por un duradero orden social en general”. Era alguien que, por un lado, controlaba la prostitución y la venta de alcohol ilegal y que, por otro, donaba dinero a causas pías e inauguraba comedores de caridad durante las penurias de la Gran Depresión.

Sus cartas de amor a su esposa, Mae, desde la cárcel de Alcatraz, incluso sus cursis poemas, muestran a alguien más complejo que lo que su macabro historial sugiere. Muerto a los 48 años, en 1947, Mae le sobrevivió hasta el 2004. Y, a pesar de haber atravesado serios problemas económicos, nunca aceptó las millonarias ofertas que le hicieron, para contar su vida en común. Habría sido una traición. Y ella y Al, en palabras de Samper Pizano, “fueron individuos amorosos y solidarios”.●